



#### LA PESTE DE MARSELLA

Un carro recoge cadáveres en las calles de Marsella, asolada por una gran peste que se desató en 1720 y mató a cerca de 40.000 de sus 90.000 habitantes. Detalle de un óleo de Michel Serre. Siglo XVIII. Museo de Bellas Artes, Marsella

© 2008 - 01



## La lucha de los médicos contra la epidemia

---

# La peste

---

Durante siglos se creyó que la peste se transmitía a través del aire y que podía prevenirse o curarse ingiriendo extrañas pócimas, haciendo sangrías, purificando el ambiente mediante aromas o vigilando que no entrara en las ciudades ningún infectado

XAVIER SISTACH

ESPECIALISTA EN HISTORIA NATURAL ANTIGUA DE LOS INSECTOS

**D**urante largo tiempo, las epidemias de peste fueron consideradas como un efecto de la cólera divina; Dios era el origen de todas las calamidades y castigaba con dureza las malas acciones del hombre. Así lo testimoniaba el poeta francés Guillaume de Machaut a propósito de la peste de 1348: «Cuando Dios en su morada vio la corrupción del mundo, hizo salir a la Muerte de su jaula, llena de locura y de rabia, sin freno, sin bridas, sin discernimiento, sin fe, sin amor, sin medida, tan altiva y orgullosa, tan évida y tan hambrienta que nada de lo que engullía conseguía hacerla saciarse. Recorrió todo el raudal matando y destrozando los corazones de todos los que encontraba». Contra este flagelo sólo cabía rogar por la misericordia divina e invocar la intercesión de la Virgen María o de los santos, principalmente san Sebastián y san Roque. Los tiempos de mortandad se traducían en proximidad a Dios, y los actos públicos de piedad pretendían aplacar la ira divina y obtener el perdón.



AMULETO Y ORACIÓN EN  
LATÍN PARA PROTEGER A SU  
PORTADOR DE LA PESTE.  
IMPRESO EN BAVIERA,  
ALEMANIA, 1690-1710.  
WELLSIAN LIBRARY, LONDON

Sin embargo, ¿podía hacerse, frente a la peste, algo más que rezar y resignarse? Durante la gran epidemia de 1348, los médicos de la Universidad de París se plantearon justamente esta pregunta. Reconocían como los demás que la pestilencia provenía de la voluntad divina, pero no querían renunciar a su monopolio sobre la salud de los hombres. Así, defendieron su posición basándose en un pasaje de la Biblia (Eclesiástico, 38, 1-15):

«Dios creó la medicina y es el único capaz de sanar, pero no ha olvidado enseñar la ciencia de la curación a los temerosos de Dios».

Desde luego, durante la Edad Media y en siglos posteriores los médicos carecían de los conocimientos mínimos para tratar a los enfermos y tomar medidas eficaces de prevención. Hasta finales del siglo XIX no se supo que la bacteria de la

peste anida en las ratas y que son las pulgas de estos roedores las que la transmiten a los humanos. Lo único que se veía eran los efectos de la infección: inflamación de los ganglios linfáticos, necrosis y supuración que producen los característicos bubones, ovalados o redondos, que se desarrollan con preferencia en la ingle, el cuello y las axilas, así como las lesiones purulentas y hemorrágicas causadas por la peste septicémica cuando las bacterias pasaban a la sangre. Entre un 50 y un 75 por ciento de los afectados morían en pocos días, y prácticamente la totalidad fallecía en el caso de peste pulmonar.

### El miedo al contagio

Pese a esta insuficiencia de conocimientos, sí se tenía la intuición de que la peste era resultado de un contagio. Se suponía que la peste era una materia venenosa, originada por las exhalaciones de materias orgánicas en descomposición, que flotaba en el aire y entraba en el cuerpo de las personas al respirar o por los poros de la piel. El autor de un tratado de epidemia escrito en 1349 suponía que el

#### CRONOLOGÍA

## LAS VISITAS DE LA EPIDEMIA

542

El Imperio bizantino es asolado por la llamada plaga de Justiniano, una epidemia de peste bubónica de gran virulencia.

1348

Se desata la epidemia de peste negra más devastadora de la historia. Se ceba en la población europea, que es reducida casi a la mitad.

SAN ROQUE, DE CORTIQUETTES, SIGLO XVI. IGLESIA DE BULGONORTE (ITALIA)



#### EL LAZARETO DE ROMA

Durante la peste de 1656, las autoridades ordenaron confinar a los contagiados en la isla Tiberina, en medio del río Tiber. En la imagen, el puente Fabricio, entre la torre Caetani y la Iglesia de San Giovanni Calibita.

© 2012 WILEY-BLANKENHORN

**1629**

Se desata la gran plaga de Milán, una epidemia de peste que afecta al centro y norte de Italia. Mueren unas 280.000 personas.

**1665**

En Londres brota una epidemia de peste que mata a una quinta parte de la población, más de 100.000 personas.

**1720**

En Marsella se produce el último gran brote de peste europeo. La epidemia la trae un barco procedente del Mediterráneo oriental.

**1855**

En China surge la llamada tercera pandemia de peste, que se extiende por Asia y más allá durante los siguientes 50 años.

## El antídoto de los cuatro ladrones



**EN FRANCIA CORRÍA** la historia de que en una ocasión cuatro ladrones fueron sorprendidos mientras desvalijaban la casa de una familia víctima de la peste. Cuando revelaron que llevaban largo tiempo aprovechando la epidemia para sus fechorías, las autoridades supusieron que tenían un remedio mágico para protegerse del mal. Los ladrones revelaron su receta, lo que les valió ser ahorcados en vez de quemados. La historia —situada por algunos en Auvernia en 1413 y por otros en Tolón en 1651— es sin duda pura leyenda, al igual que los efectos sanadores del «vinagre de los cuatro ladrones», una infusión en vinagre de diversas hierbas y especias: lavanda, ajeno, romero, tomillo, enebro, canela, etcétera.

### CAMPANA DE LOS APESTADOS

Campanas como ésta, usada durante la peste de Londres de 1665, servían para avisar del enterramiento de un apestado y como recordatorio para seguir las normas de prevención. Museo de Londres.

MUSEO DE LONDRES

contagio también podía realizarse a través de la mirada: «El momento de mayor virulencia de esta epidemia, que acarrea la muerte casi instantánea, es cuando el espíritu aéreo que sale de los ojos del enfermo golpea el ojo del hombre sano que lo mira de cerca, sobre todo cuando aquél se encuentra agonizando; entonces, la naturaleza venenosa de ese miembro pasa de uno a otro y mata al individuo sano».

Frente a esta amenaza, la recomendación más socorrida fue la expresada por el médico griego Galeno muchos siglos atrás: «Huir deprisa, lejos, y regresar tarde» (*fugere cito, longe, et tarde redire*). Si no se podía partir a un lugar remoto, preferiblemente de montaña, los médicos aconsejaban al menos alejar la residencia de lugares que generaban putrefacciones abundantes, como pantanos, zonas fangosas y fétidas o aguas estancadas. Se recomendaba asimismo ventilar las casas

abriendo las ventanas a los vientos del norte, pues se creía que los del sur traían la pestilencia. Un consejo más extremo era el del médico catalán Jacme d'Agramont: meterse bajo tierra en caso de necesidad extrema, y en todo caso buscar refugio en montañas y zonas altas. Asimismo, como se creía que la corrupción del aire generaba mal olor, para purificarlo se recomendaba fumigar las dependencias con humo de plantas aromáticas, quemando madera de áloe, ámbar y almizcle, productos de alto precio que podían sustituirse por mejorana, ajedrea o menta.

### Barreras frente al mal

El mejor remedio contra la peste, en todo caso, era la prevención. Cuando llegaban noticias de brotes más o menos cercanos, las autoridades de cada población debían tomar medidas para evitar que el contagio les alcanzara. Por ejemplo, había que mantener las calles limpias, para que los malos aires no pudieran difundirse. «Cada día al amanecer se barran y limpian todas las calles», escribía un médico español del siglo XVI, el doctor Mercado. El mismo autor proponía que se construyera una cerca en torno a la población y alrededor de ella «una o dos veces en la semana se quemen cosas olorosas, como es romero, aciprés, laurel, enebro y otras semejantes. Que dentro del pueblo, si no se pudiere regar, se echen hierbas de olor, como rosas, espadañas, hierba de Santa María, romero, tomillo, cantueso y retama».

Por otro lado, había que impedir que entraran en la ciudad personas infectadas, para lo que se construían lazaretos extramuros donde los visitantes pasaban su cuarentena (el período de observación por si se les manifestaban los síntomas de la epidemia), así como hospitales para acoger a los enfermos. Existían igualmente patrullas de vigilantes en cada parroquia que visitaban las casas para verificar que no hubiera enfermos de peste. Todas estas medidas se aplicaban con el máximo rigor, incluida la pena de muerte para los infractores. Como escribía el citado doctor Mercado, las autoridades debían tener como máxima «oro, fuego y castigo. Oro para reparar en costa ninguna que se ofrezca. Fuego, para quemar ropa y cosas, y que ningún rastro quede. Castigo público, y grande para quien quebrare las leyes y orden que se les diere en la defensa y cura destas».

# EL EQUIPO DE UN MÉDICO DE LA PESTE

**DURANTE UNA EPIDEMIA**, los médicos quedaban directamente expuestos al contagio y eran muchos los que sucumbían. Para protegerse, a principios del siglo XVII el médico personal del rey francés Luis XIII, Charles Delorme, ideó un uniforme protector que incluía una curiosa máscara en forma de pico. El vestido se difundiría enseguida por toda Europa, y sabemos que se utilizó en Roma en 1656 y en Marsella en 1720. También se idearon artilugios para evitar el contacto directo con los cadáveres de apestados así como para desinfectar los efectos personales, en particular las cartas, que se consideraban un peligroso canal de transmisión.



**Brasero** en el que el médico echaba diversos perfumes para protegerse de la infección.



**PINZA DE HIERRO Y MANGOS DE MADERA**. SIGLO XVII. MUSEO DE LA ANTIGUA MARSELLA.



**Sombrero** de piel.

**Gafas** para impedir el contagio por la mirada.

**Nariz** en forma de pico, de 16 cm de longitud, llena de aromas y con dos aberturas para respirar.

**Vara** con incienso en la punta para despejar el camino de emisiones venenosas.

**Guantes** de piel.

**Túnica** de lino encerada, bajo la que se llevan una camisa de piel y unas calzas también de piel.

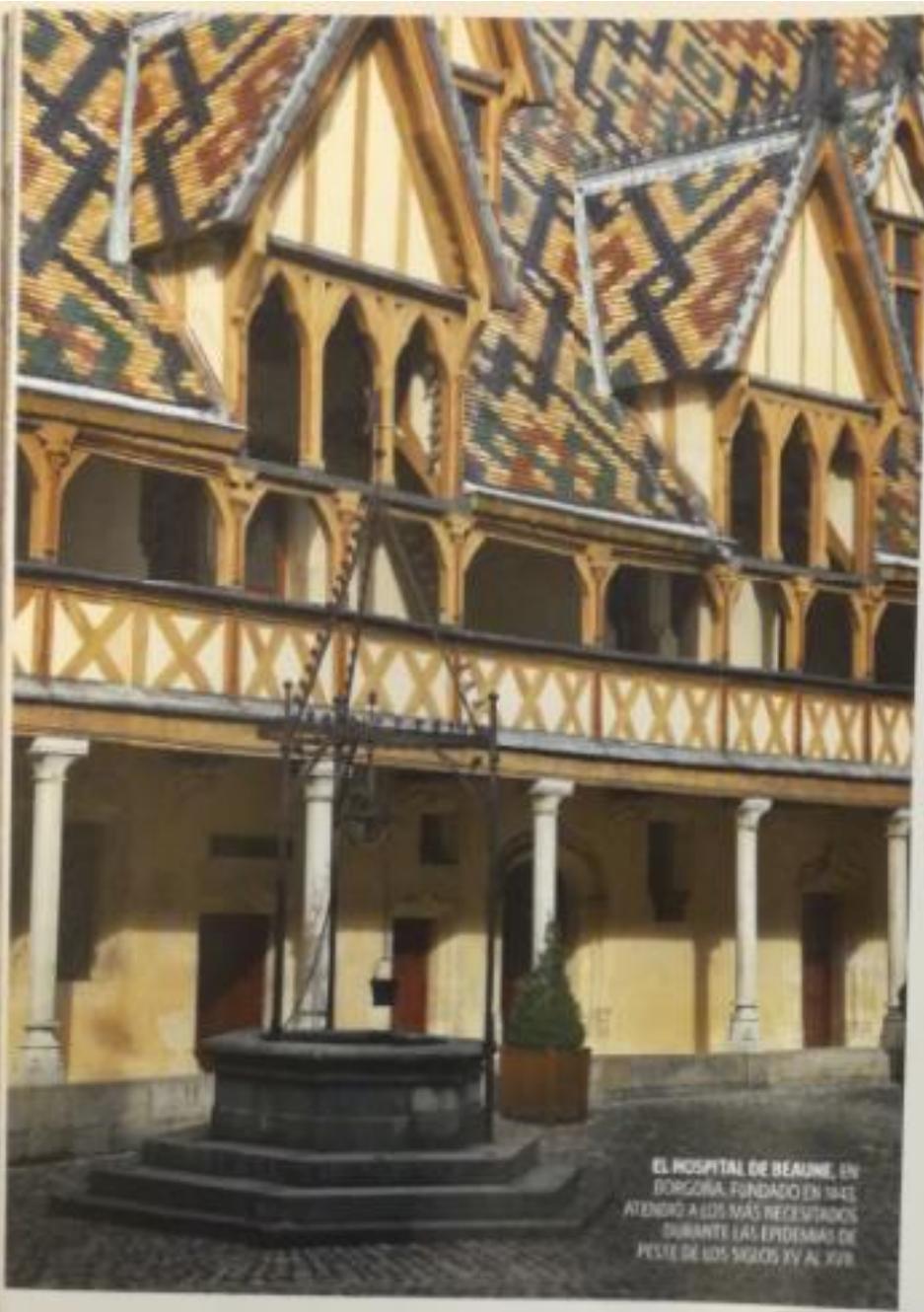
**Botas** de tafete de Levante, atadas a las calzas.

**Pinza para cadáveres**. Los cadáveres de los apestados eran recogidos por los sepultureros con unas tenazas de gran tamaño, como la que se muestra bajo estas líneas.

**VESTIMENTA DE UN MÉDICO VENEZIANO EN TIEMPOS DE LA PESTE**. SIGLO XVII. BIBLIOTECA DEL MUNDO CORNER, VENECIA.

**PINZA DEL SIGLO XVII**. MUSEO DE LA ANTIGUA MARSELLA.





EL HOSPITAL DE BEAUNE, EN BORGONA, FUNDADO EN 1442, ATENDIÓ A LOS MÁS NECESITADOS DURANTE LAS EPIDEMIAS DE PESTE DE LOS SIGLOS XV AL XVII.

#### ARCILLA CONTRA LA PESTE

La *terra sigillata* (tierra sellada) era una especie de arcilla usada para el tratamiento de diversas afecciones, entre ellas la peste. En la imagen, bote para contener el producto.



Si pese a todo la enfermedad penetraba en una población, los médicos asistían a los afectados aplicando los conocimientos de la ciencia médica de la época, de eficacia más que incierta. Contaban con medicamentos simples o compuestos, casi todos conocidos por los autores clásicos: eran los apreciados antidotos, fármacos de admirables efectos que intentaban eliminar el veneno de la peste. Entre los medicamentos simples se encontraban el bolarménico, la *terra sigillata* y el agárico; y entre los compuestos sobresalían la triaca, el mitridato, la esmeralda y las píldoras de aloe, azafrán y mirra. Había también compuestos que servían para prevenir el contagio. Por ejemplo, otro médico español del siglo XVI Andrés Laguna, recetaba una pócima con ingredientes de lo más variopinto: sándalo, conal, rosas rojas, aljófara, polvo de piedras preciosas (rubíes, esmeraldas, zafiros...),

marfil y cuerno de ciervo, semilla de grana y algodón, especias, lengua de buey... «Tomada una tableta de ésta en ayunas cada mañana –aseguraba el doctor–, con un trago de vino blanco, de tal suerte fortifica y establece todos los interiores miembros que ningún vengeno en aire infecto es bastante para los ofender». Otro médico, inglés en este caso, George Thomson, proponía matar un sapo, colgarlo de una piqueta para secarlo y luego molerlo, con lo que se obtenía un antidoto infalible frente a la peste, pues «la presencia de este animal odioso y terrorífico aniquila completamente la imagen del veneno pestilente».

#### Purgar el cuerpo

Un tratamiento en el que se confiaba para lograr la curación de los afectados eran las sudoraciones prolongadas. Por ejemplo, un médico inglés famoso en su época, Thomas Sydenham, tras hacer ingerir al enfermo un brebaje compuesto de polvo de patas de cangrejo, azafrán, cochinilla y otros ingredientes, lo «hacía sudar durante 24 horas, y durante este tiempo no lo secaba en absoluto, ni permitía el cambio de camisa, por sucia o rota que estuviera». Lo mismo recomendaba un galeno francés, el doctor Ozanam, en 1628: «Entonces se ponía a los enfermos en una cama caliente, donde se les hacía tomar agua o zumo de cardo, carnedia, maravilla o escabiosa y un poco de triaca para provocar la transpiración y un sudor abundante; a continuación se los secaba bien, se los cambiaba de cama si era posible y se les daba un caldo acidulado con achicoria o zumo de limón o vinagre». Era peor el remedio que la enfermedad, pues hoy sabemos que las sudoraciones excesivas tampoco propiciaban ningún beneficio, sino más bien una deshidratación general, alteración de la concentración de electrolitos en la sangre y, en casos extremos, alteraciones del ritmo cardíaco, un shock hemodinámico que precipitaba la muerte.

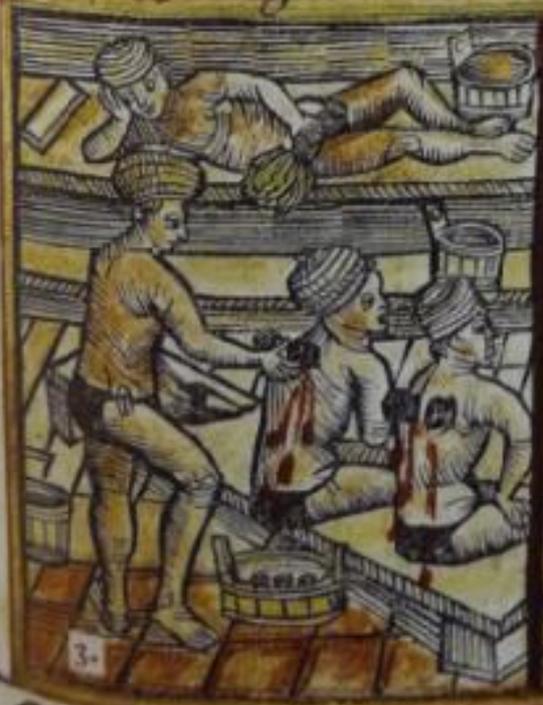
Los tratadistas de la peste coincidían en prescribir la práctica de sangrías o flebotomías como medida preservativa de refuerzo, absolutamente imprescindible si aparecía el bubón, pues se consideraba que la sangre era portadora de vida y que la alteración o presencia de seres maléficos en ella podía causar enfermedades, lo cual justificaba su extracción con fines curativos. Durante los

# Tratado de Pestilencia



A mediados del siglo XIV aparecieron los primeros tratados médicos para combatir la peste, que fueron muy frecuentes entre los siglos XV y XVI. Incluyen consejos sobre la mejor dieta para evitar el contagio y los principales tratamientos para los afectados, como las sangrías, las sudoraciones o la extirpación de los tumores. Uno de estos textos médicos fue el Tratado de pestilencia escrito por el doctor y arzobispo de Praga Segismundo Albik en 1484, una de cuyas páginas mostramos aquí.

## De etate Mlobotho mandoruz Tetra stichon Temporis S. leubothonie



Vir femor vetule

1. Sangría  
Se hacía para eliminar la sangre, corrompida por la pestilencia.
2. Sudoración  
Se llevaba a cabo para expulsar la sustancia contaminada del cuerpo.
3. Bubones  
Se les aplicaban emplastos y ventosas y después se abrían y cauterizaban.
4. Siembra  
Tras superar la epidemia sería necesario volver a sembrar los campos abandonados.

Homies complexiois Malancia Minucones elige Sma  
Arrete Dugittario Libra Aquaid Cancro

# Terapia de choque contra las pústulas

**OS APOSTEMAS** o bubones eran tumefacciones de materia purulenta que podían aparecer en diferentes áreas del cuerpo de un enfermo de peste. Según los médicos de la época, las tres localizaciones más preocupantes donde podían aparecer eran bajo la axila izquierda, tras las orejas y en la ingle derecha, ya que estaban asociados con lesiones de los tres miembros principales del cuerpo humano: corazón, cerebro e hígado. En el siglo XIV,

el médico italiano Gentile da Foligno recomendaba actuar con presteza frente a los bubones: «Será necesaria una actuación directa sobre los apostemas para romperlos, atraerlos y disolverlos para evacuar la materia venosa coleccionada en su interior. Para ello, será oportuna la escarificación o cortes profundos y la aplicación de ventosas, o la cauterización y aplicación de cataplasmas». Después recomendaba la aplicación local de productos que «limpian y purifican la superficie orgánica de materias viscosas» y que «limpian y purgan».

UN MÉDICO OPERA UN BUBÓN A UN PACIENTE AFECTADO POR LA PESTE. GRABADO: 402, NOVIEMBRE.



## EL FIN DE LA PESTE EN ROMA

Esta placa de bronce fue encargada por el papa Alejandro VII para celebrar la desaparición de la plaga que asoló Roma en 1656-1657. Museo de la Ciencia, Londres. ILLUSTRATION: J. J. JONES



siglos XV-XVII esta práctica fue muy habitual y estaba muy bien considerada; sin embargo, sorprende que en los tratados no aparezcan comentarios explícitos sobre sus efectos en la población, que tenía verdadero pánico a las sangrías, por el dolor que comportaban, por el «asco de ver la sangre correr a borbotones» y porque además existía el riesgo de sufrir complicaciones fatales.

Como ejemplo, el citado Sydenham relataba un hecho ocurrido en el fuerte del castillo de Dunster (Somerset, Inglaterra), donde la peste había atacado un gran número de soldados de la guarnición: «Un cirujano sangró a todos desde que se iniciaron los primeros síntomas. Las sangrías fueron muy abundantes y no las detenía hasta que el paciente empezaba a tambalearse, pues los

sangraba de pie, al aire libre y sin disponer de ningún recipiente que midiera la cantidad de sangre extraída, que caía libremente al suelo. Después los mandaba acostarse a sus aposentos sin administrar ningún otro remedio».

## Cirugía sin anestesia

Se consideraba como imprescindible la extirpación del bubón para salvar la vida al apesadado; pero al ser extremadamente doloroso al tacto, el espanto del afectado era terrible. Al tratar sobre la peste de Londres de 1665, Daniel Defoe lo describía de una manera desgarradora: «Cuando los bubones se endurecían y no reventaban, se hacían tan dolorosos que eran como el más refinado de los tormentos; y algunos, no pudiendo soportar estos dolores, se arrojaban por la ventana, o se disparaban un tiro o se daban muerte a sí mismos de algún otro modo. Otros, incapaces de contenerse, desahogaban su dolor lanzando incesantes lamentos y se oían gemidos sonoros y lastimeros mientras se andaba por las calles. Cuando estos bubones se endurecían se aplicaban fortísimos emplastos o cataplasmas para hacerlos reventar, y en caso de no conseguirlo, los abrían o sajabán de una manera terrible y los cirujanos los quemaban con ayuda de cáusticos, de modo que muchos murieron rabiando como locos por el dolor, y otros durante la misma operación».

En 1720, medio siglo después que en Londres, estalló en Marsella y su entorno un nuevo brote de peste. Murieron en total más de 100.000 personas, lo que representó en algunas poblaciones más de la mitad del total de habitantes. Impotentes, las autoridades repitieron las mismas consignas que en el pasado: implorar la asistencia de Dios y los santos, alimentarse bien, evitar el aliento de los otros, tomar tazas de té en ayunas... Por fortuna, y sin que se sepa muy bien las razones de que fuera así, se trató de la última gran epidemia de peste que sufrió el continente. ■

Para  
saber  
más

**INSECTOS**  
Insectos y bacterias. I. Historia  
natural de la peste y el tifus  
Xavier Sotoca, RBA, Barcelona, 2002

**TEXTOS**  
Diario del año de la peste  
Daniel Defoe, Impedimenta, Madrid, 2010

**TRATADOS DE LA PESTE**  
St. Nicolas Sánchez (autor y edición).  
Anís Llobet, Madrid, 1993

### MARSELLA, ASOLADA POR LA PESTE

«La mortalidad era tan general que los cadáveres se amontonaban ante las puertas de las iglesias, en las plazas y en casi todas las calles, donde permanecían varios días y se pudrían», explicaba un testigo de la peste de 1720. Óleo de Michel Serre. Museo de Bellas Artes, Marsella.



# EL AÑO DE LA PESTE EN ROMA

En 1656, la mitad sur de Italia sufrió una grave epidemia de peste. Un artista representó en una serie de grabados el impacto de la epidemia en Roma, con los cortejos de cadáveres, las medidas de desinfección y ejecuciones de infractores.



Casas y tiendas cerradas 1. Un ataúd transportado en paribuelas 2 y un carro cargado de cadáveres se dirigen fuera de la ciudad 3.



Médicos de la peste, con su hábito de protección y una cruz, recorren la ciudad 4. Se queman en la calle todas las pertenencias de un afectado por la peste 5. Una carreta de «perfumadores» limpias pasa por las calles para desinfectarlas mediante buenos aromas 6.



Iglesia de la Consolación de Roma, utilizada como lazaretto 7. De ella sale una larga comitiva de consolacioneros que se dirigen a la Prato Nuova, donde efectuarán la cuarentena. Delante de la carreta del comisario 8 va otra con los consolacioneros que no pueden caminar 9.



Una carroza con enfermos se dirige al hospital extramuros 1, precedida por un oficial a caballo que aparta a la gente 2. Casas cerradas 3. Un grupo de gente lee un bando de las autoridades 4 y otro grupo de hombres y mujeres, embocados para no apestar, emprende la buida 5.



Soldados que guardan las puertas de la ciudad 6. Otros dos médicos de la peste 7. Pequeña carroza que lleva a un religioso y un comisario de la peste 8. Dos carrozas en las que se cargan ropa, muebles y otras pertenencias de una familia afectada por la peste 9.



Soldados armados con fusiles 10 escoltan a la comitiva de los concejales, que avanzan a pie hasta la Plaza Nueva, destinada a lazareto de las misericordias limpias que certificarán que no están infectados 11. La comitiva pasa delante del puesto judío, guardado por una serpa 12.



Unos hombres sacan libros y papeles de un edificio y los colocan sobre una especie de parrilla para desinfectarlos con unas brasas colocadas debajo ❶. En presencia de un religioso y un comisario, se sacan joyas y tejidos de las casas apertadas ❷.



Gente que lee la lista de muertos por la peste ❶. Lazareto de la isla Tiberina; protegido por una valla exterior, está dividido en dos secciones: una «limpia» ❷ para los que se presume que ya están recuperados, y otra «sucia», para los infectados ❸. Unos portadores introducen objetos ❹.



Un cortejo de carretas ❶ lleva los cadáveres a un prado a las afueras de Roma, donde se ha cavado una gran fosa ❷. Los sepulcros «sucios» enterrarán los cuerpos ❸, mientras que otros lugares del lugar con sus palas ❹.



Los infractores de los bandos dictados por las autoridades para prevenir la extensión de la peste son decapitados en un cadalso, mediante un artilugio parecido a la guillotina 35. Otros son ahorcados 36 y fusilados 37. Cuerpo de guardia en las afueras de la ciudad 38.



Vista de la isla Tiberina, con la basilica de San Bartolomeo, utilizada como lazareto. Este tenía secciones especiales para nobles 3, hombres 4 y mujeres 5. Por los puentes entran y salen carros con muertos y enfermos. Una gran barca avanza por el Tiber cargada de cadáveres 6.



La comitiva sale de la iglesia de San Pablo 41. Cada carreta, cargada de cadáveres 42, va seguida por dos oficiales encargados de darle sepultura 43 y precedida por un comisario y tres escoltas a caballo 44.